

sa en cinta (1). Apenas había cerrado los ojos, cuando desembarcó en Akkon el conde Felipe de Flandes con un brillante ejército de caballeros flamencos, franceses é ingleses, y no mucho tiempo despues entró en el mismo puerto una escuadra griega compuesta de setenta velas. El emperador Manuel enviaba aquella con el objeto de prestar á Tierra Santa el auxilio que había prometido tiempo atrás al rey Amalrico. Deseaba que se emprendiese un ataque en comun contra Egipto, que tenía mas importancia que en otro tiempo, porque el poder de Saladino estaba fundado principalmente en el territorio del Nilo. Los hierosolimitanos tenían en esta ocasion una verdadera idea de su situacion, y procuraron unir para un vigorosísimo combate las fuerzas, que tan de improviso les llegaban de varias partes, y al efecto ofrecieron al conde de Flandes el puesto de regente del reino y le invitaron á que saliese á campaña contra Egipto al frente de las tropas francas en union de los griegos. Esta eleccion les dió sin embargo mal resultado; porque el conde Felipe, hijo del antiguo peregrino de Jerusalem, Dietrich de Flandes, mostraba como éste vivos deseos de pelear por la Tierra Santa, pero en su carácter duro, calculador y egoísta, se cuidaba mucho mas de sacar ventajas materiales de la peregrinacion, que había emprendido por amor de Dios. Para parecer discreto, presentó dificultades sobre si le convenia tomar sobre sí el gobierno del reino de Jerusalem, y si la estacion era propicia para dirigir una campaña contra Egipto; y por fin dió á entender, que ante todo deseaba entablar negociaciones sobre el casamiento de las dos hermanas de Balduino IV. Entre los que le acompañaban se hallaba un señor de Bethune, el cual le había prometido cederle las posesiones que tenía en su país, siempre que lograse casar á sus dos hijos con las princesas de Jerusalem. La proposicion, que al efecto presentó el conde, era, sin embargo, altamente inconveniente; porque la princesa Sibila hacia poco que era viuda, y estaba aguardando el instante de su alumbramiento. Por esta razon los hierosolimitanos, vacilaban en entrar en el asunto; pero Felipe se irritó tanto de ver así desvanecidas sus esperanzas, que por su parte declaró la campaña de Egipto una imperdonable locura, como lo era en realidad, y esto movió á los griegos á regresar á Constantinopla sin haber hecho nada. Despues manifestó que queria hacerse útil empeñando alguna lucha con los musulmanes, devastó en union de los tripolitanos las comarcas de Hims y Hamah, y junto con Boemundo III de Antioquia sitió la fuerte plaza de Harim por espacio de algunos meses, en el invierno de 1177-1178. Pero no había verdadera formalidad en estas luchas. Los jefes celebraban en Antioquia opíparos banquetes, mientras sus tropas estaban ante los muros de Harim en medio de la tempestad y las lluvias. Por fin, los sitiados ofrecieron dinero, si los cristianos querian abandonar la guerra; y tanto Boemundo como Felipe, regresaron cada uno á su patria, no sin dejar el último en Oriente, como era natural, muy malos recuerdos de su persona.

Saladino se mantuvo en prudente expectativa, cuando

(1) Este Guillermo de Monferrato, tercero de su nombre, era el mayor de aquellos cuatro hermanos que debían hacer un papel tan importante en la Historia de las cruzadas. Su padre era Guillermo II, y su madre Yutta de Austria, hija de Leopoldo III y de la sálica Inés, y por consiguiente cuñada del rey Conrado III. El hijo mayor de este matrimonio fué como hemos dicho el Guillermo III de quien se trata. Despues seguía Conrado, á quien conoceremos como señor de Tiro y rey de Jerusalem, despues de las victorias de Saladino. El tercer hermano fué Bonifacio, uno de los héroes de la cuarta cruzada, y el cuarto fué Rainer, que en el año 1178 obtuvo en Constantinopla la mano de María Comnena, hija del emperador Manuel, y el título de César, pero fué asesinado en 1183 por el emperador Andrónico.

llegaron á Jerusalem, uno tras otro, el señor de Monferrato, los flamencos y los griegos. Mas luego que supo que la escuadra había salido para Constantinopla y el conde Felipe para el Norte de Siria, invadió desde el Sur la Tierra Santa al frente de numerosas fuerzas. Los caballeros del reino quisieron salirle al encuentro desde Ascalon en los primeros momentos, pero pronto se refugiaron detrás de los fuertes muros de esta plaza, aterrados ante el número infinitamente superior de los enemigos. Los mahometanos, confiados en su superioridad de fuerzas, rompieron el órden regular de su ejército, é hicieron correrías incendiando y saqueando todo el territorio hasta las mismas puertas de Jerusalem. Entonces recobraron aliento los caballeros, salieron compactamente unidos por las puertas de Ascalon, y dieron prueba una vez mas de la fuerza de su brazo. Era el 25 de noviembre de 1177, cuando cargaron sobre la masa principal de los enemigos, á quienes Saladino procuró dar á toda prisa una posicion lo mas segura que le fué posible. La enérgica carga de los cruzados fué incontrastable; las columnas musulmanas fueron destrozadas una tras otra, y la misma fuga no sirvió de nada á los egipcios, porque los cristianos los persiguieron al galope de sus caballos, y durante la persecucion causaron dobles y terribles destrozos en las filas de los angustiados fugitivos. El mismo Saladino se libró de la matanza á costa de extrema fatiga, pues «mas de una vez,» como manifestó despues públicamente, «estuvo próximo á perecer, y solo Dios le salvó, para cumplir mas adelante su voluntad, valiéndose de él.»

Gloriosa victoria que los hierosolimitanos aprovecharon bien en un solo sentido. Debieron considerar suficientemente defendidas por algun tiempo las fronteras del sur de su reino despues de la batalla de Ascalon, y por lo mismo volvieron su atención á la frontera septentrional, que efectivamente estaba abierta á cualquier ataque, desde que en 1164 había tomado Nuredin la fuerte plaza de Banias. Para poner aquella frontera en estado de defensa construyeron un fuerte y espacioso castillo en una eminencia situada en el curso superior del Jordan (alto Jordan), junto al llamado paso de Jacob. Pero Saladino continuaba siendo infinitamente superior á ellos por su habilidad y constancia. Mientras, furioso por su derrota, juraba no querer aceptar ya los honores debidos á un sultan, hasta que hubiese tomado venganza, hizo correr en el Cairo fastuosas relaciones de victoria, porque no tenía aun completa confianza en los egipcios. Luego preparó todas sus fuerzas y envió por de pronto un pequeño ejército al selvático terreno de Banias. Los cristianos, que habían vuelto á su anterior arrogancia, sin cuidarse completamente de nada, hicieron una expedicion llevándolo todo á sangre y fuego por aquel paraje, y habiendo sido atacados de improviso, sufrieron grandes pérdidas. Poco tiempo despues llegó Saladino en persona para sitiar el castillo recién construido. Al acercarse los hierosolimitanos y tripolitanos, con objeto de hacer levantar el cerco, retrocedió astutamente á Banias. Los cristianos le siguieron neciamente en pelotones aislados; pero el sultan dió la vuelta en seguida, les atacó con sus fuerzas reunidas, y dispersó y aniquiló casi todo su ejército (1179). Quedábales todavía un rayo de esperanza para rehacerse de este gran desastre, pues precisamente en aquellos momentos llegaban á Tierra Santa el conde Enrique de Troyes y varios otros distinguidos señores de Francia. Pero, manteniéndose por algun tiempo en fatal vacilacion ó en desaliento, no llegaron á salir al encuentro del poderoso enemigo con la debida puntualidad y con aquellos inesperados refuerzos, y Saladino tuvo el espacio necesario para sitiar y tomar por asalto el importante castillo del paso de Jacob. Lleno de pesadumbre ante la locura y torpeza de los cristianos, el historiador del reino de Jerusalem, Guillermo, arzo-

bispo de Tiro, les aplicó aquellas célebres palabras del salmista: «el Señor, su Dios, se apartó de ellos.»

Afortunadamente para los cruzados no estaba Saladino en disposicion de fijar su atencion en ellos continua y exclusivamente. Su política abarcaba á la sazón, no solo la Siria cristiana y mahometana y la Mesopotamia, sino también la Cilicia armenia y el Asia Menor. Hacia algun tiempo que se hallaba en lucha con Kilidsch Arslan de Iconio, y salió á campaña contra él, le humilló y le derrotó, y con él al príncipe Ruben de Armenia. Entre tanto concedió á los cruzados una tregua, que sin embargo aprovecharon tan mal como pudieron. En efecto, ante todo deseaban casar en segundas nupcias y con un príncipe lo mas poderoso posible á la hermana mayor de su enfermo rey, á fin de salvar el reino; y en su consecuencia habían empezado ya las negociaciones con Enrique, duque de Borgoña, cuando el desgraciado Balduino IV, temeroso de que se prescindiera completamente de él, se mezcló de improviso y con ciega precipitacion en el asunto, y dió por marido á su hermana al conde Guido de Lusignan, caballero valiente sin duda, pero que no tenía la importancia, ni las riquezas, ni las dotes intelectuales que eran indispensables para resolver los graves problemas que la suerte ponía con esto en sus manos. Apenas habían comenzado entre los grandes del reino de Jerusalem las graves discordias que se suscitaron por esta cuestion, cuando el príncipe Boemundo de Antioquia repudió á su esposa, princesa griega, para entregar su corazón á otra mujer, indispóniéndose despues del modo mas odioso con su patriarca, sin que le movieran á cambiar de conducta, ni las súplicas de sus nobles, ni las reflexiones que le hizo el rey Balduino.

Peor sensacion causó en aquellos tiempos Reinaldo de Châtillon, anterior príncipe de Antioquia, el cual había estado prisionero de los mahometanos desde el año 1160 hasta la muerte de Nuredin, había sido rescatado despues, y ocupaba altos puestos en el reino de Jerusalem. Era tan indómito y aficionado á la guerra como en sus primeros años, excitaba siempre á imprudentes combates, y censuraba especialmente al conde Raimundo de Trípoli, el cual, en completa oposicion con él y lleno de cautelosa prevision, deseaba esquivar en cuanto fuese posible la lucha abierta con Saladino. Además, Reinaldo residía en calidad de gobernador del territorio allende el Jordan en la gran fortaleza de Krak, inmediata al enemigo, y tenía con esto en su mano, por decirlo así, la condicion y el momento en que había de empezar de nuevo la guerra. En el año 1181 no pudo refrenar por mas tiempo su afición á la lucha, é hizo una terrible campaña de saqueo al Sur, hacia la Arabia, sin esperar la conclusion de la tregua concedida por Saladino. Este contestó con un ataque general, que él y sus amigos dirigieron contra el reino de Jerusalem. Los cristianos por su parte se aprestaron también á toda prisa á la defensa; pero su país padeció horriblemente, y no sin trabajo lograron obligar al sultan á pronunciarse en retirada en una sangrienta y por largo tiempo indecisa batalla librada junto á Beisan (Scitopolis), y despues, cuando volvió á avanzar y comenzó á sitiar por mar y tierra á Beirut, le rechazaron también de esta ciudad, en el verano de 1182.

A pesar de estos triunfos, hubieran succumbido los hierosolimitanos poco á poco ante fuerzas superiores, si la atencion de Saladino no se hubiese fijado entonces con preferencia en otra parte. En octubre de 1181 había muerto en Alepo el hijo de Nuredin, y aun cuando sus primos trataban de recoger su herencia, la ocasion que se le presentaba á Saladino para extender su dominacion por el Norte de Siria y por Mesopotamia, era tan halagüeña, que empleó toda su fuerza para el logro de este fin. En el otoño de 1182 dejó á los

cruzados, se dirigió á Alepo, pasó el Éufrates por cerca de esta ciudad y llegó hasta las orillas del Tigris. En todas partes donde se presentó, procedió de un modo incontrastable, ora por la fuerza de las armas, ora por las negociaciones. Casi todas las ciudades de Mesopotamia le abrieron sus puertas; solo Mosul resistió un riguroso sitio y conservó por entonces su independencia; pero en cambio consiguió por fin el sultan tomar la tan codiciada Alepo y en junio de 1183 entró en esta ciudad como triunfador victorioso, y como señor de Egipto, de Siria y de casi toda la Mesopotamia.

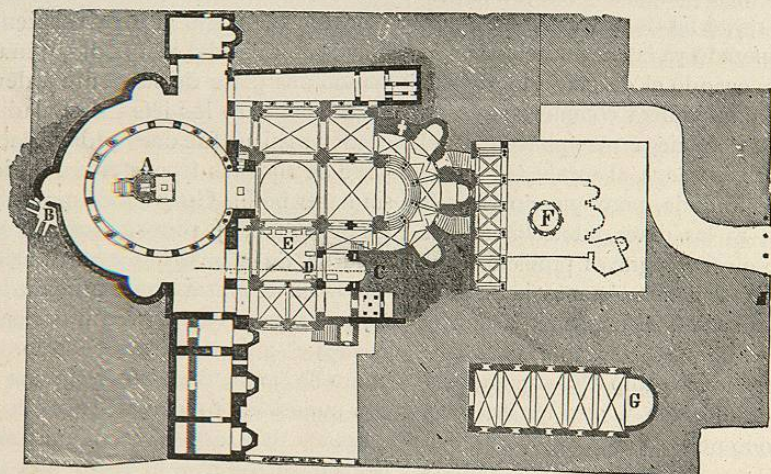
Los cristianos, entre tanto, siguiendo su costumbre, emplearon el tiempo en hacer varias expediciones devastadoras, principalmente por el territorio de Damasco. El turbulento Reinaldo se dirigió al Sur, sorprendió á la ciudad de Ailah, situada á orillas del mar Rojo, y en una escuadra improvisada, mandó una parte de su gente á devastar y saquear las costas de Arabia. Pero los jefes de Saladino no se dormían y la escuadra cristiana fué destruida, Ailah reconquistada y la mayor parte de aquellas tropas merodeadoras volvieron á su patria sin hacer botín. Cuando despues llegó la noticia de los triunfos del sultan, se propagaron por todas partes el temor y la angustia. Se impuso una contribucion extraordinaria á todo el reino á fin de juntar un tesoro para los momentos de gran apuro, y el rey, ya casi moribundo, entregó con todas las formalidades el gobierno á su cuñado, Guido de Lusignan. En el otoño de 1183 penetró Saladino en el territorio cristiano con numerosas fuerzas, llevándolo todo á sangre y fuego. Los cruzados, reforzados con algunas bandas de peregrinos, recién llegados, le salieron al encuentro en no escaso número, pero no se arriesgaron á empeñar formal combate. Sin embargo, se mantuvieron tan compactamente unidos en tan fuertes posiciones, que tampoco el sultan quiso comprometerse á dar una batalla decisiva, y volvió á sacar su ejército del reino de Jerusalem. Mas apenas se habían separado sus enemigos, cuando se arrojó con todas sus fuerzas sobre la fortaleza de Krak, en la cual celebraba alegres fiestas el príncipe Reinaldo con vanidad exenta de todo cuidado. La guarnicion resistió valerosamente, y Saladino levantó el sitio al aproximarse un fuerte ejército de socorro procedente de Jerusalem; pero entre tanto la discordia de los partidos llegó á tomar mayores proporciones que antes en el reino cristiano.

En efecto, muchos grandes de dicho reino estaban descontentos de que Guido de Lusignan, hombre de escasa importancia, llegase á ser primero cuñado de Balduino IV, y luego su tutor, y en tal concepto evidentemente presunto sucesor de la dignidad real. Por esto excitaron la cólera de Balduino IV contra el conde, y tuvieron que trabajar tanto menos para conseguirlo, cuanto que la misma esposa de Guido, la princesa Sibila, les ayudó, porque deseaba á la sazón y ante todo asegurar la corona á su hijo el niño Balduino, que había nacido á fines del año 1177 y despues de muerto su primer esposo el marqués Monferrato. El rey se declaró pronto conforme con las proposiciones que se le hicieron, quitó á su cuñado el gobierno de Jerusalem, é hizo coronar á su sobrino Balduino, que tenía 5 años, como quinto rey de este nombre el 20 de noviembre de 1183. Pero como Jerusalem tenía en tal caso dos reyes, uno de los cuales estaba moribundo y el otro era un niño, era preciso volver á nombrar un representante del reino, y fué elegido para tan elevado cargo, una vez mas, el conde Raimundo de Trípoli, que ya había ocupado este puesto en la menor edad de Balduino IV. Raimundo debía permanecer al frente del gobierno por espacio de 10 años, hasta que Balduino V llegase á la mayor edad; y como garantía de los gastos, que por tal concepto pudieran originarse, se le cedió la ciudad de Beirut. Guido se sometió en un principio de buen grado á estas determina-

ciones; pero cuando el rey, llevado de su cólera contra él, llegó hasta exigir la disolución de su matrimonio con la princesa Sibila, se opuso, y además se granjeó algunos partidarios de entre los nobles del reino, para que á lo menos no le pudieran quitar su esposa.

Poco tiempo despues de estas odiosas contiendas, probablemente en la primavera de 1184, murió el desgraciado Balduino IV, y el regente del reino, conde Raimundo, tuvo que salir en seguida á campaña contra Saladino, que por segunda vez sitiaba á Krak. El ejército de Jerusalem llegó á tiempo para hacer levantar otra vez el sitio. Pero despues

que estuvo asegurado el castillo, Raimundo, siguiendo sus tendencias pacíficas, pidió una tregua. El sultan tenia muchos motivos para acceder á esta demanda. Sus tareas no estaban aun completamente terminadas en la Mesopotamia, pues Mosul continuaba sin ser subyugada y en actitud hostil. Provocar prematuramente á los cristianos á una lucha desesperada, hubiera sido por lo tanto una grave falta, y tanto mas imperdonable, cuanto que la política tímida y reservada, dominante por el momento en Jerusalem, era completamente inofensiva para los mahometanos. Sin embargo, no obtuvo el conde Raimundo la ansiada tregua sino me-



0 10 20 30 40 50 Metros

Plano de la iglesia del Santo Sepulcro

■ Edificaciones antiguas
■ Construcciones de los cruzados
■ Rocas

A. Santo Sepulcro.—B. Antiguas tumbas de judíos.—C. Rocas del Gólgota (segun la tradicion).—D. Mausoleos de Godofredo y de Balduino I.—E. Tumbas de los cuatro últimos reyes de Jerusalem.—F. Capilla de Sta. Elena.—G. Iglesia latina de Sta. María

dante el pago de 60,000 escudos; y como es natural, con este gran sacrificio para Tierra Santa, no consiguió mas que un lamentable aplazamiento.

FIN DEL REINO DE JERUSALEN

Recordemos la situacion de los Estados cristianos del Oriente, antes que el mas importante de ellos sucumbiese bajo la espada de Saladino.

En el Norte del territorio cristiano, Antioquía y Armenia llevaban una existencia casi aislada, unas veces en mutua amistad y otras en discordia, siendo frecuentemente molestadas en ocasiones por los enemigos de la Cruz, pero hallándose en general en una situacion regularmente segura, porque en aquellos años les tocó poco el torrente de los grandes acontecimientos. Antioquía perdió poco á poco sus fuerzas, mientras que Armenia, como tendremos ocasion de ver mas adelante, se preparaba á un gran porvenir.

Las comarcas de Trípoli y Jerusalem habian padecido mucho en la última época. Se les exigió con demasiada frecuencia grandes esfuerzos para sostener la guerra. Las bandas de Nuredin y Saladino ocuparon repetidas veces considerables extensiones del territorio cristiano: la parte llana del país estaba completamente devastada, y muchos pueblos pequeños habian quedado reducidos á escombros. Sin embargo de esto, no se debe considerar como completamente perdida la situa-

cion material de los Estados cruzados en aquellos años. Era aun extraordinariamente floreciente bajo muchos puntos de vista; pues las muchas víctimas humanas que las continuas guerras exigian, eran reemplazadas por el incesante llegar de caballeros, comerciantes y peregrinos de todas clases; y la piadosa inclinacion de Europa suministraba abundantes recursos á los combatientes de Cristo en Oriente, por medio de donaciones, legados testamentarios y multas pecuniarias impuestas por la Iglesia como penitencia. Agréguese á esto la fertilidad, entonces grande, del suelo sirio, que en buenos años daba en toda clase de productos, sobre todo, de los mas exquisitos, mas de lo que necesitaban sus habitantes para su consumo: limones, naranjas, higos y almendras, aceite fino, buenos vinos y azúcar eran embarcados en grandes cantidades para Europa. Tambien florecia la industria: los hilados de seda de Trípoli, el cristal y la púrpura de Tiro llevaban mucho dinero al país. Pero los grandes beneficios que sacaban los cristianos se debian á que su país, casi puede decirse que llegó á ser poco á poco el centro del comercio del mundo. Las caravanas de comerciantes de Egipto, Siria y Arabia cruzaban su territorio tan pronto como cesaba el estruendo de la guerra, y pagaban por tal concepto un derecho de aduana que producía sumas importantísimas. En las grandes ciudades marítimas se encontraban varias clases de mercancías del Occidente que eran indispensables para los caballeros, sacerdotes y ciudadanos de Jerusalem,

juntamente con los productos del arte griego y los tesoros de Persia, India y China. En Akkon (San Juan de Acre), por ejemplo, y en Beirut se presentaban en el mercado el ruibarbo propio del Asia oriental, el musgo comprado en el Tibet, y además pimienta, canela, nuez moscada, clavo aromático, aloe, alcanfor y otros productos de la India ó de sus islas, marfil del mismo punto ó del Africa oriental, perlas del golfo Pérsico, é incienso y dátiles de Arabia.

La dolorosa impresion que se siente ante la idea de que toda esta vida floreciente fué rápida y horriblemente destruida, como hoy lo está todavia, no se calma por la consideracion de que no tenia fundamento alguno sólido, y por lo tanto no podia durar mucho. El comercio que tan alto vuelo habia tomado en las ciudades sirias solo enriqueció á algunos particulares, principalmente á las colonias de burgueses italianos y no en igual proporcion á los poderes del Estado; tampoco se puede negar, que no se habia formado una perfecta nacionalidad de cruzados, sino que mas bien pululaban acá y allá en abigarrada mezcla franceses, italianos, ingleses, alemanes, griegos, armenios, judíos y mahometanos. Pero todo esto no fué causa, sino en pequenísimá parte, de la pérdida de Jerusalem y del fracaso final de las cruzadas. Al frente de las fuerzas militares hierosolimitanas estuvieron casi siempre nobles de sangre fresca, y les imprimieron un carácter de unidad. Con los ciudadanos de procedencia italiana estuvieron en comunidad de intereses, predominando el romano, y fuertemente unidas para los tiempos de la Edad media; la fuerza política, que residia en el todo, hay que estudiarla aun hoy en el gran desarrollo que tuvo el derecho del reino en las Asisias de Jerusalem, al lado de cuyo código estaba el de Antioquía y mas adelante el de Armenia. Por consiguiente, la dominacion de los cristianos en el Oriente estaba basada en fundamentos relativamente buenos y sólidos, y lo único que hizo falta, fué, que sus recursos en hombres y dinero hubiesen sido empleados en favorecer una política guerrera, inteligente y resuelta. La falta de esta gran política no podia compensarse con ningun otro resultado, y poco á poco habia de conducir á la completa ruina. Desde que se perdió Edesa, y fué humillada Antioquía, se mantenian los cruzados, como hemos visto, á la defensiva; esto es, en una situacion que no se podia sostener por mucho tiempo, dado lo pequeño que era el territorio de su Estado.

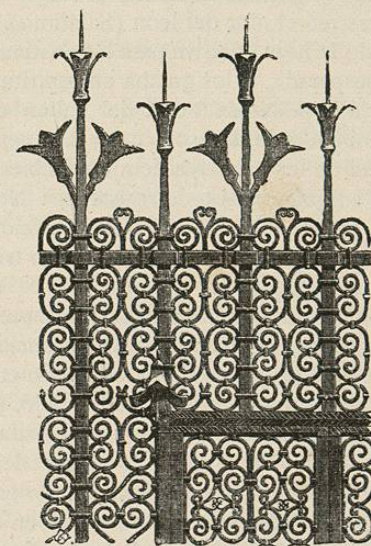
Debieran haber aprovechado las ocasiones que se les presentaron para ensanchar su reino, aun en tiempos de Nuredin y Saladino, con la circunspeccion del gran Boemundo y con el impertérrito valor de Godofredo; pero como no lo hicieron, su pérdida fué inevitable. Los tesoros que la agricultura, la industria y el comercio reportaban no hicieron mas que acelerar en tales circunstancias su perdicion; pues dieron por resultado que cundiesen rápidamente en confusa mezcla la inmoralidad, la afeminacion, la molicie, la aficion al robo y la arrogancia. Era público y notorio que el patriarca Heraclio sostenia una hermosa manceba, de la cual tenia hijos y que ataviada como una princesa pasaba por las calles de Jerusalem, y entraba en la iglesia con grande acompañamiento. El conde Raimundo de Trípoli, no solo encontró muchos partidarios de su débil política, sino que muchas veces llegó el caso de que los cruzados abandonasen cobardemente los puestos que les estaban confiados y hasta se pasasen al enemigo. Precisamente á la sazón corrió de boca en boca causando horror la noticia de que un distinguido caballero templario, Roberto de Saint Alban, oriundo de Inglaterra, se habia hecho mahometano y aceptado un alto puesto en el ejército de Saladino. En sentido enteramente contrario, pero igualmente pernicioso, influyeron aquellos grandes caballeros, que con sus actos salvajes, y sin cuidarse de los peligros que

podiesen sobrevenir, procuraban hacer daño á los musulmanes. Reinaldo de Chatillon era su campeón y centinela avanzado por su carácter y por su posicion político militar. Desde su castillo de Krak dominaba las mas principales vías comerciales, que unian entre sí á Siria, Arabia y Egipto. Constantemente codiciaba las ricas mercancías de las caravanas, y mal aleccionado con los ataques que por dicha causa habia dirigido varias veces Saladino contra él, espiaba desde lo alto de sus torres el momento de lanzarse á nuevas depredaciones.

Agréguese á esto la gran discordia que en breve dividió todo el reino. En el verano de 1186 murió el pequeño Balduino V. Guido de Lusignan y Sibila, que á la sazón estaban ya reconciliados, se dirigieron á toda prisa á Jerusalem, con objeto de obtener para sí la corona. Estaban de su parte el patriarca Heraclio, el principe Reinaldo y los caballeros templarios, con cuyo auxilio lograron conseguir su fin y el 19 de setiembre fueron coronados, primero Sibila y luego Guido, como reina y rey de Jerusalem respectivamente. El conde Raimundo se irritó con esto tanto mas, cuanto que habia abrigado él mismo la esperanza de llegar á ser señor del reino. Reunió en torno suyo á la mayoría de los barones, y con violentas amenazas se dirigió contra el usurpador de la co-



Sello de los canónigos del Santo Sepulcro



Verja de hierro del Templo de Jerusalem; de la época de los cruzados

rona, Guido. Mas cuando casi todos sus compañeros le abandonaron, reconocieron los hechos consumados, y se fueron á Jerusalem, pasándose al bando del rey Guido, subió tan de punto en su espíritu la idea de la resistencia, que hizo alianza con Saladino, y admitió una division del ejército mahometano en la ciudad de Tiberiade, que ocupaba á la sazón. Entonces algunos mediadores bien intencionados trataron de reconciliar mutuamente al rey y al conde, pero sus esfuerzos no dieron resultado alguno.

Entre tanto Saladino habia ido á Mesopotamia á completar la obra que en dicho país habia comenzado algunos años antes. Sus armas causaban espanto y llevaban la agitacion hasta los puntos mas lejanos. Kilidsch Arslan de Iconio le amenazó con una alianza de todos los principes del